

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

El exilio argentino de la última dictadura en contextos: Formas de abordaje e implicancias ético-políticas.

Jensen, Silvina Inés (Universidad Nacional del Sur / CONICET).

Cita:

Jensen, Silvina Inés (Universidad Nacional del Sur / CONICET). (2007). *El exilio argentino de la última dictadura en contextos: Formas de abordaje e implicancias ético-políticas. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/764>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eU8X/RH2>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Mesa Temática Abierta: n° 83: Historia y Memoria de los exilios latinoamericanos y españoles en el siglo XX

Autor/res-as: JENSEN, Silvina Inés

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Nacional del Sur, Departamento de Humanidades/CONICET

Cargo Docente: Profesora Adjunta en Historia de la Historiografía y Metodología de la Investigación Histórica (UNS). Investigadora Adjunta CONICET

Dirección: Alvarado 1139, planta alta

Teléfono: 0291 4556928

e-mail: sjensen@criba.edu.ar

Título: El exilio argentino de la última dictadura militar en contextos: Formas de abordaje e implicancias ético-políticas.

“Cualquier acto humano se remite a una historia de prácticas e ideas que configuran formas de hacer y de pensar sobre las que es posible poner en marcha un curso de acción actual” (Kaufman, 2001: 29).

“Argentinos por casualidad”, llamó un represor a los exiliados. Se equivocaba. No era el azar del nacimiento sino la convicción de formar parte de una historia lo que hacía argentinos a los desterrados” (Pedro Orgambide, en: Boccanera, 1999: 159).

Mientras la inmigración ha sido un núcleo fuerte del imaginario de los argentinos, el exilio ha ocupado un lugar periférico, constituyéndose en un cuasi hueco de la memoria colectiva. Sin embargo, toda la historia argentina está atravesada por experiencias exílicas que se sucedieron desde las primeras décadas de la vida independiente y hasta bien avanzado el siglo XX. De hecho, tras el golpe de estado de 1976, aquella práctica histórica adquirió rasgos novedosos, fundamentalmente por su masividad y por no haber afectado exclusivamente como en el pasado, a altas personalidades de la Política o la Cultura.

Partiendo de la constatación de esta tensión entre presencia y hueco, este trabajo se propone complejizar la lectura del exilio del '76 atendiendo, por una parte, a reconstruir las genealogías que los protagonistas de esta diáspora ponderaron a la hora de tejer o reforzar sus lazos con el país de origen y apelando a ese pasado exiliar que hundía sus raíces en el siglo XIX.

Por otra parte, intenta repasar la sucesión de experiencias de destierro que precedieron al exilio del '76, no tanto para hacer una historia pormenorizada – tarea que por cierto sigue siendo una asignatura pendiente en nuestra historiografía – sino para analizar en cada coyuntura cuáles fueron las significaciones que asociaron los contemporáneos a esa experiencia, significaciones elaboradas a veces por los propios protagonistas y otras por el poder que exilió.

Vale aclarar que al situar un acontecimiento en una continuidad histórica se puede correr el riesgo de obliterar su carácter singular, abriendo paso a su desnaturalización y banalización.

Eludiendo el camino de las reconstrucciones analíticas realizadas ex post por el investigador, este trabajo recupera los hilos que tejieron los propios exiliados del '76 con el pasado de exilios de la Argentina. En tal sentido, el propósito es ponderar la herencia de prácticas e ideas que tramaron el último exilio, atendiendo sólo a aquellas experiencias que estuvieron disponibles para sus protagonistas, analizando los sentidos recuperados de aquellas experiencias de destierro pasadas y valorando qué necesidades, carencias o deseos venía a satisfacer tal capital simbólico activado en la dramática situación de persecución y huída desatada por el Estado Terrorista.

I. El pasado exiliar revisitado: los desterrados del '76 y la “invención de una tradición”¹

Como acontecimiento, el exilio del '76 tuvo varios rasgos novedosos respecto a las experiencias de destierro del pasado nacional. En principio, la población argentina no había protagonizado un movimiento tan masivo, que comenzó como un lento goteo en los años previos al quiebre institucional y se transformó en los primeros años de la dictadura en un movimiento constante y desordenado que con fluctuaciones se extendió hasta 1983 (Yankelevich y Jensen, 2007).

Aunque en el pasado, la Argentina había vivido otras experiencias de exilios colectivos, en esta ocasión lo llamativo fue su contundencia numérica y su continuidad en el tiempo. Sin embargo, cabe aclarar que no fue un fenómeno organizado, como lo

¹ Recuperando la noción de Eric Hobsbawm, Ignacio Olabarri (1996: 280) habla de tradición para referir a la continuidad de contenidos durante un lapso importante de tiempo, con el consiguiente proceso de alteraciones y cambios. Reflejo tanto del pasado como del presente, la tradición debe ser entendida más como un proceso de comunicación e interacción que como una mera transmisión de información.

había sido el destierro republicano español, sino una migración constituida por miles de acciones individuales. En este exilio confluyeron, los que huían de la represión, algunos por sus propios medios y otros con la ayuda de gobiernos extranjeros, partidos políticos y organizaciones humanitarias del mundo; los que salieron usando su pasaporte y fingiéndose viajeros o turistas y los que lo hicieron en forma clandestina; los que salieron de la cárcel o de los “chupaderos” y los que cargaron con la expulsión de la Junta Militar que les aplicó la “opción” de salir del país.

En segundo lugar, este exilio no fue representativo de los partidos tradicionales ni de las fuerzas que habían ocupado espacios de responsabilidad política en la etapa previa al golpe. Si en el pasado, no pocos presidentes y personalidades de la primera línea política habían debido marchar al exilio, el del '76 aunque no excluyó a políticos del radicalismo y del peronismo en el poder, en forma preferente afectó a militantes de organizaciones no integradas al arco parlamentario o en la clandestinidad y a buena parte de sus apoyos sociales, directos o difusos. Hay que tener en cuenta que la violencia estatal tuvo un objetivo preciso: eliminar a la militancia armada y desarticular el movimiento social que desde el centro de estudiantes, la universidad, el sindicato, la práctica profesional, las organizaciones barriales, la guerrilla o la Iglesia del Tercer Mundo y desde diversas tradiciones ideológicas (izquierda peronista y no peronista) y con diferentes metodologías, preconizaba un horizonte de cambio que podía resumirse en la “Argentina Justa, Independiente y Soberana” y en la “marcha hacia el Socialismo”, la “Liberación Nacional y Social”. En ese sentido, el exilio argentino de los '70 marcó ciertos matices propios respecto a su contemporáneo, el exilio que se desató en Chile tras la derrota del gobierno de Allende y la Unidad Popular.

En tercer lugar, el exilio del '76 afectó toda la pirámide social, pero con grados de incidencia muy disímiles. Como hemos señalado (Yankelevich y Jensen, 2007), en la salida al exilio pesó un criterio de selectividad social. Como decía Vicente Zito Lema (1978: 27), el exilio fue un camino para periodistas, escritores, universitarios, abogados, profesores y maestros, artistas, psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas. Los obreros también salieron, pero “viajar es costoso y escapar a las dictaduras muy difícil”. En tal sentido, más allá de la transversalidad social de la represión, el exilio estuvo mayoritariamente representado por una población de adultos jóvenes de entre 20 y 40 años de edad, de sectores medios y con estudios secundarios, terciarios o universitarios.

Desde el punto de vista geográfico, aunque el exilio también atravesó todo el territorio, mayoritariamente afectó a la ciudad de Buenos Aires, su área metropolitana y ciudades importantes de la provincia de Buenos Aires, como La Plata, Mar del Plata y Bahía Blanca, junto a las principales capitales del interior del país (Córdoba, Rosario y Santa Fe).

Finalmente, a diferencia de los exilios históricos, el del '76 cubrió en su diáspora toda la geografía del mundo, desde Suecia o EE.UU. hasta Australia y desde México o Brasil hasta Francia, España o Italia. La dispersión y la imposibilidad de transformar el destierro en una retaguardia, un espacio en los países limítrofes desde donde luchar política o militarmente, también significaba una ruptura respecto al pasado.

En términos de las biografías individuales, en el heterogéneo colectivo del exilio del '76 hubo quienes tenían experiencia de destierro y otros para quienes la precipitada salida en una coyuntura dramática y confusa en la que pesaron el miedo, la amenaza, la culpa por lo que se dejaba atrás, la dificultad para evaluar la razonabilidad de la “decisión” y el rechazo por lo forzado de la misma, era algo totalmente inédito.

Entre los protagonistas de la diáspora del '76, “reincidentes” en exilios, hay historias que referían a exilios próximos en el tiempo con un primer episodio en el trienio anterior al golpe y consecuencia de la persecución de la Triple A (Bayer). Otros, que hablaban de exilios durante el Onganiato, sobre todo aquellos que habían estado por entonces en la universidad y sufrieron despidos, cesantías, expulsiones y detenciones en la coyuntura de la Noche de los Bastones Largos que dio un golpe de gracia a la universidad reformista de Luis Jiménez de Asúa, Manuel Sadovsky, José Luis Romero, Risieri Frondizi, Hilario Fernández Long, etc. Finalmente, otros acreditaban experiencia exílica en su comunión con los compañeros militantes chilenos o uruguayos. Elisa Rando que vivió su último exilio en Barcelona refería al sentimiento de desarraigo y desamparo al enterarse del golpe de Pinochet. Esta militante socialista argentina que se había exiliado en Chile durante la dictadura de Onganía, afiliada al PS Chileno y simpatizante del MIR y cuyo marido David Tieffemberg trabajó en legislación laboral en el gobierno de Allende no pudo aceptar el golpe que casualmente la encontró en Argentina.²

² “Yo me sentía morir. Yo me sentía morir, por dos cosas: primero por no estar allí porque habían quedado los compañeros. ¡Yo no era nadie!, ¿te das cuenta?. Pero yo quería estar allí. Mi lugar era estar con mis compañeros. Desgraciadamente ocurrió todo ese desastre y yo me metí en las manifestaciones

Estos peculiares viajeros que huyeron del terror tras el golpe de 1976, abandonaron lo propio al ver sus derechos fundamentales vulnerados. Salieron sin protocolo y en no pocos casos, casi sin deliberación. Muchas veces, lo hicieron en silencio y en soledad. Su partida fue una huida que encerraba una expulsión sancionada por la ley o impuesta por las circunstancias políticas. Como sujetos aterrados – en el doble sentido de personas que debieron aprender a vivir sin tierra porque se los había arrancado con violencia del lugar en el que nacieron y de expulsados por el miedo –, los protagonistas de este movimiento centrípeto vivieron la experiencia de saberse parte de un viaje que era ante todo salida y que se constituía sobre la vivencia de lo que se pierde sin elección. A diferencia de otros viajes, el suyo era un viaje sin retorno, más allá de la posibilidad efectiva de concretar el regreso al país si las condiciones políticas cambiaban.

La dramática vivencia de haber sido colocados fuera de la historia por la violencia, la conciencia de formar parte de un proyecto colectivo derrotado y en no menor medida, la angustia de saberse sobrevivientes de una generación atravesada por la tortura, la cárcel o la muerte, hicieron urgente “imaginar” un país, un hogar, un origen. La Argentina, denostada por madre desnaturalizada o idealizada como la Íthaca de Ulises, fue punto de referencia constante de la vida de los desplazados.

Santiago Kovadloff decía que la “finalidad del exilio es desarraigar a un individuo o grupo de todo aquello que le da identidad” (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1982: 30).

Para el heterogéneo exilio argentino de los '70, ese hogar perdido aludía al espacio de los afectos, de las relaciones más próximas, de la familia, el barrio, los amigos. También al hogar-Patria, o sea aquella comunidad política que le había asegurado ciertos derechos e impuesto determinadas obligaciones. Finalmente, el hogar expropiado refería a la militancia, como ámbito de identificación y pertenencia, ámbito

que eran fantásticas en Buenos Aires. En ese momento se estaba en la campaña electoral Perón-Perón, donde sacaron ocho millones [de votos], me parece. Pero toda la motivación de la gente era Chile. Era aquello de ‘¡¡Coraje, coraje, aquí estamos para cruzar la cordillera!!’. Bueno nadie hubiera cruzado la cordillera para defender a los chilenos porque fue terrible. Pero durante quince días había manifestaciones todas las noches y yo para poder dormir un par de horas, me metía en esas marchas interminables para cansarme y poder dormir porque no podía creer lo que estaba pasando en Chile. Al canal donde trabajaba, al despacho donde trabajábamos, entró..., hasta allí llegó una tanqueta. Era todo un edificio precario hecho en el cerro *San Cristóbal* y mataron, detuvieron... La mitad estuvo en el *Estadio* y la otra mitad murió en el canal. Nos quedamos en Buenos Aires más desamparados que si nos hubiera pasado en la Argentina porque nosotros sabíamos la muerte de los compañeros que estaban allá.. ¡¡¡Fue espantoso!!!” (Entrevista a Elisa Rando, Barcelona, 20/1/1997).

clave para una generación que había hecho de la lucha política de izquierdas y por la Revolución el motor de su vida. En ese sentido, Vicente Zito Lema hablaba de la angustia y desasosiego provocados por la espera y por estar condenado al margen estrechísimo de la solidaridad cuando había sido “un militante totalmente entregado a la acción política revolucionaria” (*Agermanament*, 1978: 30).

De hecho, el poder represivo no sólo apeló al exilio como estrategia de “bajo costo” de eliminación de la oposición (*Reencuentro*, 1984: 1), sino que fue conciente que la exterioridad geográfica y la exclusión que ratificaban la derrota política, debían tener como correlato su borradura de la memoria colectiva.

Los militares eran fieles representantes de la tradición occidental. Como decía Santiago Kovadloff, para los griegos, el destierro significaba condenar a la persona a la nada porque “fuera del espacio de la tribu estaba el vacío.” A tal punto el extrañamiento se entendía como castigo que Sócrates prefirió la muerte porque “el hombre fuera de su contexto no es nadie” (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1982: 30).

En el marco de la Doctrina de la Seguridad Nacional y desde la lógica del Estado Terrorista, así como se guardaba silencio o directamente se negaban los “desaparecidos”, también se construía un régimen de verdad en el que los exiliados debían ser pensados, recordados o apropiados por la sociedad argentina. Para el gobierno castrense no había exiliados, sino “subversivos” que huyeron en forma cobarde del país entre 1976 y 1977 cuando entrevieron su derrota, abandonando a su suerte a miles de incautos jóvenes que habían caído bajo sus promesas revolucionarias (*La Nación*, 15/9/1979). Los adalides de la violencia y el caos habían cambiado la utopía por el “dorado refugio europeo” (Junta Militar, 1980: 21) y pretendían camuflar su trayectoria detrás de un “oportuno discurso a favor de los DD.HH.”, cuando eran sus exclusivos violadores (*Gente*, 23/3/1978). No pocos de estos “falsos” o “malos” argentinos (*La Nación*, 29/6/1978) aparecían en las listas de los “presuntos desaparecidos”. La “ficción de los desaparecidos” (*El País*, 21/9/1979) era la gran mentira de la insidiosa campaña de desprestigio de la Argentina y para el aislamiento internacional del país promovida por los “delincuentes terroristas expatriados” (*El País*, 25/10/1979).

Como lo señalaba Daniel Tarnopolsky, los militares habían operado, por un lado, definiendo al enemigo con la omnicompreensiva categoría de “subversivo” y, por el otro, confundiendo militante, combatiente y terrorista. Esta estrategia ideológica operó sobre situaciones concretas, pero exageró historias individuales y puso el acento en determinados episodios – ejemplo la Contraofensiva Montonera de 1979 – que le permitieron presentar a la sociedad argentina a Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Yager o Roqué como los exclusivos y auténticos rostros del exilio.

La dictadura explotó también la condición de privilegiado del exiliado. Si bien como afirmaba Héctor Schmucler, ni los dirigentes obreros, ni los delegados de fábrica, ni los obreros se exiliaron (*Controversia*, Febrero 1980) y aunque el desterrado se sabía un privilegiado porque había logrado eludir la muerte, era necesario combatir la trivialización que transformaba las salidas violentas en productos de la fantasía viajera del argentino de clase media que soñaba con Europa o la vida en el exilio en un universo de lujos, disponible para aquellos egoístas líderes terroristas que transitaban por la Costa Azul, Ibiza o el Caribe dilapidando el botín de sus delitos.

Al mismo tiempo, el Estado Terrorista apuntó a mostrar a los huidos como cobardes, traidores, desmemoriados, descartados, impostores y falsos argentinos. A tal punto, esa prédica había sido sistemática que durante la temprana transición, mientras el retorno de los exiliados era noticia, el diputado del Partido Radical Santiago López advirtió sobre los prejuicios que buena parte de la sociedad tenía hacia los expatriados. En tal sentido, llamó a desprenderse de “clasificaciones absurdas” como las que convirtieron a los que realizaban tareas de denuncia de la dictadura en el exterior en “antiargentinos” (*Reencuentro*, Noviembre 1985: 13).

Los militares se sentían dueños de la Patria y como decía el penalista Enrique Bacigalupo desde su exilio madrileño, “custodios de sus tradiciones” (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1982: 27). En ese sentido, se creían legitimados para marcar un afuera habitado por los no argentinos.

La dicotomía entre un adentro y un afuera absolutos y entendidos como autoexcluyentes y moralmente homogéneos apuntó a separar la “verdadera Argentina” de la “Argentina apócrifa”, habitada por el enemigo, o sea, lo radicalmente otro. Al convertir a los exiliados en extranjeros traidores, el poder militar entendió que su expulsión del ámbito de la Patria era sólo una consecuencia natural e inevitable.

Para suturar el desgarramiento geográfico, político, existencial y simbólico, mientras atravesaban sus destierros y más tarde cuando debieron enfrentar el retorno, los exiliados intentaron disputar el control de la tradición patria.

Una primera estrategia fue señalar que toda la historia argentina estuvo atravesada por destierros. Cuando “los de adentro” los miraban con incomprensión, sorpresa, reproche o rechazo, no faltó quien, como Cristina Noble, exiliada en España, recordara que “este país fue edificado por los que estuvieron aquí y por los que se fueron, los exiliados, famosos y no tanto. La Constitución Nacional fue imaginada por un desterrado, Alberdi. Y no me olvido de Sarmiento, de Echeverría, de Rosas, de Ugarte. Ni del Pocho.³ Todos estuvieron acá, se fueron, volvieron. ¿Perdieron la patria, como dice el Juancho? ¿No se parecen a ellos los técnicos, los laburantes, intelectuales, artistas, científicos, estudiantes que se fueron (nos fuimos) los últimos años? Este es un país de exiliados.[...] Ellos vinieron, alguno se van, todos volvemos, en un hilo que no se acaba. Y si, la patria es una madeja de hilos que se cruzan y ni está terminada, ni tiene propietarios. Los argentinos somos todos mediadores, porque no hay una sola versión del pasado, ni del futuro. Y aunque a algunos no les guste, la historia se hace acá y también a la distancia” (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1981:19).

En principio, los exiliados intentaron mostrar que varias conspicuas personalidades de nuestra historia que habían sufrido el exilio, regresaron para convertirse en figuras centrales de la política y la cultura. Noé Jitrik (1984: 135) desde su exilio mexicano afirmaba que los escritores exiliados del '76 se miraban en el espejo de los Esteban Echeverría. A su juicio, su propia experiencia de exilio parecía reeditar la de la Generación del 1837, a la que le cupo la responsabilidad de “fundar” el país. En una línea similar, José Pablo Feinmann trazaba un paralelismo entre la Generación de los románticos y los perseguidos de 1976. Como aquellos, su generación también había pensado no desde el poder, sino desde la militancia opositora (Feinmann, 1985: 95).

Desde Madrid y para el 6º aniversario del golpe de Estado de 1976, Enrique Bacigalupo se amparó en las palabras de otro exiliado de la Generación del '37 y padre de la Constitución Nacional, para contestar las acusaciones de “traición” de los militares. En la revista del exilio argentino en Madrid, señaló: “Deberían [los militares]

³ Octavio Carsen, figura clave en la ayuda al retorno, también reconstruía una línea histórica de exilios comenzando por Moreno, San Martín, Rosas o Artigas y siguiendo por Alfredo Palacio y Perón (O.S.E.A., 27-29/7/1984: 8).

también dejar tranquilas a las viejas glorias de la Argentina, porque tampoco ellas le servirán para legitimarse en el poder. Nunca está de más recordarles estas palabras de Juan Bautista Alberdi: “Para ser traidor de la Nación no es necesario estar fuera del poder, ni ser de la oposición, ni estar al lado del extranjero. Desde lo alto del gobierno, sin salir del país, con la bandera nacional en la mano, se puede ejercer y se ejerce a menudo la traición en nombre de la ley, la que arruina la Patria en nombre de la Patria” (J.B. Alberdi, *Historia de la guerra del Paraguay*. Bs As, Edición de la Patria Grande, 1962, p. 180) ¡Que lo TENGAN PRESENTE CUANDO HAGAN JUICIOS DESHONROSOS SOBRE LOS EXILIADOS Y SUS OPOSITORES!” (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1982: 27).

En tal sentido, otra forma de filiarse con la Patria de la que habían sido expulsados fue mostrar no sólo que la historia argentina era una cadena interminable de exilios y retornos, sino romper con la identificación activada por los militares entre exterioridad y extranjería y exilio y traición. Estar fuera del país no implicaba ser infiel, haber negado lo propio, ni ser materia disponible para la traición. Como había señalado Alberdi, aunque pareciera encerrar un contrasentido, era posible “amar a su país” y “vivir en el extranjero”. Muchas veces, la única forma de servir a la Nación era desde el exterior aunque para sus conciudadanos ésto lo transformara en un “mal ciudadano” (Alberdi [*Palabras de un ausente* (París, 1874)], 1887, tomo VII: 136).

Antes de avanzar en esta rápida revisión de los pasados exílicos puestos en juego por los desterrados del '76, cabe señalar que no todas las experiencias históricas estuvieron igualmente disponibles en este esfuerzo por legitimarse como argentinos (frente a las sociedades de acogida), como argentinos no traidores (frente a los militares) o como argentinos comprometidos y no cobardes o desertores (frente a sus compañeros de militancia, sus familiares, etc.). En segundo lugar, cabe señalar que estos procesos de construcción identitaria que les permitían reconectarse a la Argentina, reinventando una genealogía para mostrar/mostrarse que la excentricidad geográfica no era signo de extranjería, fue una empresa que si bien no fue monopolio de los intelectuales del destierro, tampoco tuvo una elaboración sistemática en el conjunto de los exiliados. Finalmente, hay que tener en cuenta que estas experiencias pasadas de destierro arrastraban las marcas de las luchas de sentido, luchas pasadas que marcaron el presente de los desterrados del '76. Comprender que los contenidos simbólicos de los que se

nutre la tradición son multívocos y que por lo mismo, admiten apropiaciones diversas por parte de los diferentes actores sociales, no sólo nos permite entender por qué fueron convocadas diferentes experiencias pasadas de exilio por diferentes grupos de desterrados, sino por qué dentro del colectivo de exiliados del '76 hubo explícitos rechazos hacia determinadas experiencias de destierro pasadas.

Para el mayoritario exilio peronista, hubo al menos dos referentes pasados en los que mirarse. Por un lado, el del propio líder del movimiento, Juan D. Perón que vivió un largo destierro por varios países de América del Sur, antes de instalarse en Madrid hasta su triunfal y trágico regreso de Ezeiza el 20 de Junio de 1973. Por el otro, el de la Resistencia Peronista. Sin embargo, si el exilio de Perón parecía desmesurado por la altura del personaje⁴, la experiencia de los perseguidos por la Revolución Libertadora de 1955 planteaba algunas diferencias. Si estos se habían instalado en Chile⁵, Uruguay, Bolivia⁶ o Paraguay, la persecución de la Junta Militar y su coordinación represiva con las otras dictaduras de la región les impusieron en buena medida el abandono del subcontinente en búsqueda de geografías más seguras. Mientras los “padres” de la Resistencia Peronista habían convertido los países vecinos en retaguardia, desde donde se desarrollaban tareas de denuncia, apoyo militar y soporte los trabajadores en el interior; en el '76 hubo que inventar otra forma de militancia en el exilio. Así lo vieron Hugo Chumbita y Jorge Rulli, editores de la revista *Testimonio Latinoamericano* de Barcelona, quienes al tiempo que rescataban ese pasado exiliar, rechazaban asimilar sus experiencias a la de los “proscritos de 1837”, prototipos del intelectual excéntrico, descomprometido y que aprendió del destierro a ser menos nacionalista y más universalista. En el espejo invertido de ese pasado, los exiliados peronistas pensaban

⁴ Fue algo común entre los exiliados del '76, buena parte de los cuales se definían como “exiliados del miedo”, no considerarse dignos de pensarse en las historias de San Martín, Sarmiento o Perón. Sus pequeñas historias parecían muy lejos de esas figuras emblemáticas del pasado colectivo.

⁵ Algunos de los peronistas exiliados en Chile fueron John William Cooke, delegado de Perón y cabeza de la Resistencia, Arturo Jauretche, Ricardo Guardo (ex presidente de la Cámara de Diputados), César Abistur Villegas (ex Intendente de Morón), Pedro Gianola (ex presidente del Partido Peronista), Arturo Sampay, José María Rosa, Domingo Mercante, Ramón Carrillo, Joaquín Díaz, Eduardo Rumbo, Francisco Capelli, etc.

⁶ En Bolivia funcionaron diversos grupos de exiliados peronistas. Entre las figuras más destacadas del exilio boliviano figuraban Norberto Gavino, Raúl Jaurégui, Fernando García della Costa, el ex Senador Oscar Larrosa, Julio Tróxler, Bernardo Tróxler, Luis Pastorino, Narciso Herrera, Reynaldo Benitez, etc.

hacer de su destierro europeo un territorio desde el que volver “sabiendo mejor qué es lo que somos y qué es lo que son los otros, los europeos”.⁷

Otro exiliado de la órbita peronista y líder montonero, Fernando Vaca Narvaja, recordaba que antes de la trágica historia que lo llevó tras el golpe del '76 a México, había vivido un exilio en Bolivia a finales de los '60. Entonces, no se había sentido un desterrado, se trató más bien de una estrategia que emulaba la lucha que, en tiempos de la guerra de Independencia o de Rosas⁸, llevó a los ejércitos a los países limítrofes para rehacerse, reaprovisionarse y volver al campo de batalla (Vaca Narvaja y Frugoni, 2002: 38).

En la construcción de la tradición colectiva de exilios – conflictiva y plural –, pesaron en igual medida, la geografía del destierro, los orígenes familiares y la pertenencia político-partidaria o en un sentido más amplio, político-ideológica. Radicales, peronistas, socialistas, nacionalistas y europeístas buscaron algún referente en el pasado argentino al que apelar. Hay que tener en cuenta que al mismo tiempo que los exiliados contestaban a la fractura impuesta por los militares, respondían a la necesidad de hacer del recuerdo una forma de reconstruir la identidad individual y colectiva desgarrada por la violencia, puesta en crisis por la culpa y/o el reproche de los que se dejó atrás y amenazada por la presencia de unos otros en las sociedades de destierro.

Así, para los no muy numerosos exiliados radicales del '76, la figura del presidente Hipólito Yrigoyen, relegado en la isla Martín García tras el golpe de 1930; la deportación patagónica de varios radicales que habían ocupados cargos parlamentarios o en los gobiernos provinciales antes del golpe y que más tarde fueron acusados de formar parte de una conspiración para derrocar al gobierno que había señalado la proscripción política del radicalismo (Mario Guido, Francisco Ratto, Carlos Noel, José Tamborini,

⁷ “Temo que sea aquella idea de los emigrados de la época de Rosas que volvieron con una idea supuestamente universalista, que era nada mas que europeísta, a tratar de hacer Europa en América, al estilo sarmientino, un error monstruoso que está en el origen de las contradicciones que aún hoy no logramos resolver en América Latina” (*Testimonio Latinoamericano*, Noviembre 1982/Febrero 1983: 21).

⁸ Tanto Chile, Bolivia como Uruguay durante el gobierno de Rosas alojaron a militares derrotados, políticos perseguidos e intelectuales opositores. En Bolivia, ya desde 1828 se había congregado un núcleo de rivadavianos, derrotados por el caudillo riojano Facundo Quiroga. En 1840, llegaron varios militares unitarios derrotados por Rosas, entre ellos los ejércitos conducidos por Avellaneda y Lavalle, que lideraba la Liga del Norte.

Honorio Pueyrredón, Pablo Torello) o el exilio uruguayo o brasileño de militantes⁹ involucrados en insurrecciones contra el gobierno conservador, fueron pasados simbólicamente valiosos con los que filiarse con una Patria ubicada a miles de kilómetros de distancia.

Para los exiliados argentinos en Francia, ese pasado exiliar tenía el rostro del General de la independencia, José de San Martín. Al menos, así, lo pintó el cineasta Fernando “Pino” Solanas, en su premiado *Tangos. El exilio de Gardel* (1986), film clave de la cinematografía de la Transición y que fue un vector importante de creación/transmisión de representaciones sobre el exilio en la coyuntura que concentró el mayor número de retornos al país (Jensen, 2005).

Para los exiliados que llegaron a España, hubo un acontecimiento que les permitió construir un puente entre las dos geografías que, a partir de entonces, marcarían su existencia: el exilio republicano de 1939.

En principio, la experiencia de los derrotados de la Guerra Civil española había sido algo cotidiano para los argentinos, sobre todo para sus intelectuales¹⁰ que habían tenido como maestros, a prestigiosas figuras del Derecho (Luis Jiménez de Asúa), la Psicoanálisis (Enrique Pichón Riviere, Ángel Garma), la Historia (Sánchez Albornoz), la Literatura (Rafael Alberti) que recalaron en Buenos Aires huyendo del terror franquista. No hay que olvidar que la muy voluminosa colonia española residente fue caja de resonancia de la lucha entre nacionales y republicanos. La sociedad civil argentina se había movilizó por la Guerra y más tarde siguió comprometida en la acogida a los huidos. Raúl Castro, abogado laboralista que llegó a Barcelona en 1976, recordaba que esa generosidad del pueblo argentino hacia los republicanos fue respuesta a la hostilidad del gobierno que cerró sus puertas a los peligrosos “rojos separatistas”.

El pasado revisitado del exilio republicano no era mero recuerdo, significó también redes sociales y culturales¹¹ construidas y transitadas por personas concretas

⁹ Siguieron el camino del exilio Amadeo Sabattini, Horacio Oyhanarte, Delfor del Valle, Andrés Ferreyra, Néstor Aparicio y los sublevados radicales de Paso de los Libres (Caro Figueroa, 1987: 28).

¹⁰ Los periódicos de mayor circulación de la época (*La Nación*, *Crítica*) tuvieron a los intelectuales republicanos como asiduos colaboradores. Su implicación en círculos intelectuales porteños quedó acreditada por la revista *Sur*. Los principales referentes culturales argentinos de entonces, por caso Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges o Eduardo Mallea hicieron de algunos republicanos españoles, sus interlocutores privilegiados.

¹¹ Blas Matamoro (1982) señalaba que como si se tratara de un reflujo cultural, en los '70 España recibió a los discípulos de aquellos que habían introducido en Psicoanálisis en Argentina. Los herederos de estos republicanos “regresaron” a la Península tras el golpe de 1976. Entre ellos cabe mencionar a Oscar

hacia un lado y otro del Atlántico siguiendo los trágicos vaivenes de la historia.¹² Mientras en la Península fenecía su dictadura, en el extremo austral de Latinoamérica, los militares abortaban procesos políticos de diverso signo en Chile y Uruguay y más tarde en Argentina, expulsando una nueva oleada de desterrados, pero ahora hacia España. Los argentinos no sólo parecían seguir simbólicamente los pasos de los expulsados por el franquismo, que tras 40 años de destierro preparaban sus maletas para regresar a la Península Ibérica, sino que físicamente los acompañaron en los barcos que iniciaban el ansiado retorno. Raúl Castro advertía a sus compatriotas desterrados en Barcelona sobre la necesidad de evitar la enfermedad de la nostalgia que había corroído a los republicanos españoles que vivían en Argentina. Castro calificaba como una paradoja la coincidencia entre los viejos exiliados republicanos cumpliendo un anhelo tan postergado y los nuevos exiliados iniciando su diáspora: “...en el barco en que yo venía, junto con los que se marchaban exilados volvía un exilado valenciano al que se le caían las lágrimas cuando vio la costa de Valencia. Hacía cuarenta años que se habían ido. Y cuando vio la posibilidad de volver, volvió” (*El Ciervo*, 1979: 13).

Desde su exilio en Madrid, el escritor Blas Matamoro reconstruía una cadena de exilios que enlazaba la experiencia de su generación con la de los perseguidos por Rosas, pasando por la de los republicanos españoles. Pensarse en el espejo de estos exilios, implicó en la lectura de Matamoro recuperar el potencial intelectual y de lucha por las libertades de ambos destierros históricos. Como los jóvenes románticos de 1837 se postularon “regeneradores” de la Nación y los intelectuales españoles perseguidos por los nacionales, como los gestores del programa transformador de la Segunda República, los exiliados del ’76 se imaginaron intelectuales perseguidos, incomprendidos, pero llamados a pensar el país desde afuera para reconducir en el futuro el curso de su historia.

Massota, Arnoldo Liberman, Valentín Barembli, Hernán Kesselman y Edgardo Gili., quienes a su vez crearon escuela y tradición dentro del mundo Psi español. Lo mismo vale para los penalistas Enrique Bacigalupo o Roberto Bergalli, discípulos de Jiménez de Asúa, que emprendieron en los años ’70 la ruta del destierro para finalmente instalarse en España.

¹² Una situación similar ocurrirá con otras experiencias de destierro. Entre los que partieron al exilio en los años previos o posteriores al golpe de 1976, había muchos que señalaban haber compartido – real o simbólicamente – las experiencias de exilio de los republicanos italianos o los judíos perseguidos por el Nazismo. Si algunos provenían de familias llegadas a la Argentina durante las posguerras civil española o de la Segunda Guerra Mundial; otros inclusive eran herederos de exilios más antiguos, como el de los progroms polacos de principios de siglo. Finalmente estaban los nietos de familias perseguidos alternativamente por rusos y nazis (Schmucler, 2000).

La identidad de perseguidos, víctimas por sus ideas, transformadores de sus respectivas realidades políticas y sociales no sólo permitió a los exiliados argentinos del 76, superar el desarraigo, sino que les dio la posibilidad de conjurar la derrota política. En un sentido, pensarse hijos de los grandes hombres de la Argentina del siglo XIX les permitía mostrar que “ser argentino es estar lejos”, parafraseando a Julio Cortázar. Al mismo tiempo, les daba la posibilidad de mostrar a la sociedad española que los acogía, que estos que estaban llegando eran hijos (biológicos o intelectuales) de un exilio que era propio, el de los republicanos. Por otra parte, la caída de Rosas y la muerte de Franco eran revulsivos a su desesperanza y augurios de que la dictadura argentina también llegaría a su fin.

Postularse hijos o discípulos de los exiliados republicanos fue también para los argentinos instalados en España, una forma de reclamar reconocimiento y/o de denunciar las dificultades laborales, legales y sociales cotidianas que debían sortear en ésta, su tierra de asilo. El reclamo de atención a “la deuda histórica” fue un recurso habitual no sólo en los desterrados que se sentían minusvalorados o directamente excluidos del mundo del trabajo, sino en las voces solidarias de la sociedad española (asociaciones de ayuda al refugiado, líderes políticos o sindicales¹³ solidarios con el exilio, etc.).

Así, si el recuerdo de la experiencia de los exiliados republicanos fue recuperado como patrimonio del pasado nacional, no sólo por lo que esa experiencia había significado en términos políticos o culturales para la sociedad argentina, sino porque ese acontecimiento permitía recuperar (resignificar) otros pasados exílicos más lejanos (como el de los exiliados rosistas); al mismo tiempo, para los exiliados instalados en España tras el golpe del '76 fue una herramienta para cimentar solidaridades e inventar un lugar en esa tierra en la que iban a esperar el retorno. No fueron pocos los que explicaban que la solidaridad de los partidos políticos españoles tenía que ver con su

¹³ “Hace cuarenta años después de la guerra, millares de trabajadores partieron hacia el exilio. Los países de Hispanoamérica fueron un punto de destino preferente. Las razones de esto son claras. La lengua común, un pasado histórico y cultural y la solidaridad de los trabajadores latinoamericanos. Hasta hoy podemos encontrar a lo largo y ancho de toda Hispanoamérica a aquellos españoles que en esos años negros encontraron un nuevo hogar. Entre tanto la situación se ha invertido, mientras el pueblo español reencuentra el camino de la democracia; en Latinoamérica florecen los dictadores más sanguíneos y represivos: Pinochet, Videla, Somoza y tantos otros dictadores que se han hecho famosos en todo el mundo por sus crímenes, junto a la represión política y cultural, estos dictadores fascistas han instaurado regímenes económicos que han sumido a los trabajadores en el hambre y una miseria angustiada” (Grupo Latinoamericano de Sabadell y Comarca. *Comunicado de prensa*, CC.OO. de Sabadell. s.f.).

propia experiencia de exilio.¹⁴ Los recién llegados actuaron como un “espejo”¹⁵ y era “normal” sumarse a una lucha que podía ser la que ellos habían librado hasta hacía muy poco.¹⁶ Los lazos eran variados y en los recuerdos parecían multiplicarse. Un argentino perseguido por la Triple A que llegó a España al final del gobierno de Franco afirmaba que la situación del país no le era desconocida. Sabía de esta dictadura sanguinaria antes de encontrarse con los “últimos fusilamientos del régimen” en 1975. Su intensa relación con republicanos en la Universidad de Buenos Aires, sobre todo con “los anarcos”, le permitió entender cuáles eran los límites en los que podía moverse políticamente.

Por último, vamos a referir a otro episodio de la historia argentina al que apelaron los exiliados del '76 para mostrar su excentricidad no traidora y contestar las apropiaciones dictatoriales que hicieron del exilio el territorio de los argentinos negados.

Como en una vastísima proporción, los argentinos acreditamos orígenes en la inmigración europea de finales del XIX y primeras décadas del XX, no fue raro escuchar a los desterrados del '76 apelar a ese pasado. Pero ese pasado que muchas veces había sido contado en términos épicos y hasta heroicos y donde lo más destacable era la idea de “hacer la América”, fue recuperado por los protagonistas de la diáspora del '76 enfatizando o al menos no obliterando los aspectos dolorosos de aquella experiencia. Todos podían asumir al abuelo que vino a hacer la América y progresó en

¹⁴ Josep Ribera, referente de Agermanament - asociación catalana que trabajó intensamente junto con y por los exiliados – decía que en Cataluña hubo un plus de solidaridad anclado en el hecho de que “la mayoría de los dirigentes catalanes han pasado el exilio, entonces la sensibilidad la tuvimos. Nunca tuvimos los problemas concretos, prácticos. Siempre se manifestó el intento de buscar soluciones a los problemas educativos, sanitarios... En eso había una facilidad inmediata” (Entrevista a Josep Ribera, Barcelona, 10/12/1996).

¹⁵ Un médico que llegó a Barcelona tras el golpe de 1976 afirmaba: “...había muchísimo interés e incluso en ese momento hay que reconocer que la solidaridad del pueblo catalán y español en general, tanto organizadamente como no organizadamente, era fantástica. Tanto la gente que estaba políticamente organizada, que militaba en partidos políticos de acá – evidentemente de izquierda – como la gente aunque no estuviera militando políticamente tenía sensibilidad por lo que estaba pasando, porque tenían familiares en América, por el apoyo que los países latinoamericanos habían dado al bando republicano durante la Guerra Civil, porque además veían en nosotros un poco la imagen reflejo de su propio exilio republicano. Y además porque se estaba en un momento de gran efervescencia, de gran apertura democrática...”(Entrevista a A.A. Barcelona, 8/5/1996).

¹⁶ Una militante perretista exiliada en Barcelona explicaba: “La primera campaña que hicimos fue una campaña de firmas para denunciar a la dictadura y las desapariciones sobre todo. Eran escenas increíblemente emotivas. Recuerdo los actos para las primeras elecciones democráticas que se hacen aquí. Nosotros íbamos a los actos de la campaña electoral y se acercaba gente que quería firmar, gente que volvía del exilio... ¡Se te caían las medias! No me olvidaré nunca una señora mayor... Nosotros estábamos ahí con una mesita, unas hojas y un póster. Se acercó una señora y dijo: ‘yo quisiera colaborar, pero no sé escribir’. ¡Se te caían las lágrimas, medias, todo! Tenía pasaporte de expatriada, de exiliada...”(Entrevista a M.D., Barcelona, 30/5/1996).

una tierra abierta y destinada a ser potencia. Pero pocos recordaban las penurias, el desgarró, la discriminación, las dificultades (Gelman y Bayer, 1984: 25).

Esa memoria se recuperó, paradójicamente, durante el último exilio y a partir de las dificultades que debieron enfrentar los nietos de los inmigrantes en las tierras de destierro. Como afirmaba Marcelino Cerejeido – fisiólogo argentino exiliado en México – “recién ahora que soy exiliado y he mordido muchos granos de pimienta, se me aparecen en una dimensión dolorosa algunas anécdotas de mis abuelos, que siempre me habían parecido jocosas. A poco de desembarcar en Buenos Aires, mi abuelo materno, que era piamontés, decidió pasearse por el barrio para ver qué cara tenían los argentinos. Tiempo después caía en la cuenta de que había visto al “gallego” del almacén, que en realidad era asturiano, al “turco” de la mercería, que era siriolibanés, al italiano de la pescadería, al armenio de la zapatería, al japonés de la tintorería, a un alemán que trabajaba en el centro y a la “rusa” que vendía útiles escolares pero que era en realidad una judía nacida en Polonia. Hoy esa anécdota me entera de que yo nací y me crié en un barrio de exiliados, de los que había muchos en Argentina. Recién hoy me percató de que en las peleas callejeras, para hacer más hirientes los insultos, los chicos recurríamos a la condición de inmigrantes de nuestros padres: “Tano de porquería”, “Gallego patasucias”, “Alemán culo de pan”, “Ruso de mierda”. De alguna manera los chicos entendíamos que la condición de extranjeros duele, aunque sea la de los padres, y no dejábamos de meter el dedo en la llaga” (Yankelevich, 1998: 91).

II. Una mirada sobre los sentidos construidos en torno a los exilios históricos

Si la mirada al pasado buscando anclajes y raíces fue, por un lado, un recurso para conjurar el miedo, la culpa, la desazón o la inseguridad provocados por la desarticulación de los mundos conocidos y la pérdida de referencias idiomáticas, políticas, sociales o culturales y por el otro, una forma de combatir la desnaturalización y estigmatización impulsada por los militares, esta tarea no estuvo exenta de conflictividad. De hecho, aquellas experiencias de destierro que pusieron en presente no estaban exentas de conflictividad y en esa actualización, los exiliados del '76 recuperaron las disputas que en la contemporaneidad del fenómeno y en el devenir, tales eventos habían proyectado.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo, voy a enumerar algunas de las experiencias de exilio que traman la historia argentina – y que fueron capital simbólico utilizado por los exiliados del '76 –, haciendo hincapié en las imágenes y contraimágenes que elaboraron sus contemporáneos y no tanto atendiendo a las situaciones a las que referían, sino a la valoración que encerraban.¹⁷

Siguiendo un hilo cronológico, la primera experiencia de destierro fue la del Gral San Martín, que en 1824 abandonó las Provincias Unidas del Río de la Plata para instalarse en París donde murió 26 años después.¹⁸

Casi sin fractura, desde su muerte hasta hoy, su exilio/“ostracismo” ha sido considerado un gesto de disidencia que encerró altas cuotas de altruismo, abnegación, generosidad patriótica y renunciamiento. Rescatar esa figura tan encumbrada significó para los exiliados el '76 ampararse en una trayectoria prestigiosa que convirtió su exterioridad en un refugio de la ética y forma de mantener puros los ideales y de salvar la conciencia. Si el ostracismo sanmartiniano recuperaba el sentido que la institución tuvo en la Grecia clásica, lo era en cuanto su salida fue consecuencia de una penalización por su actuación/ideario política/o.¹⁹

Sin embargo, fue habitual escuchar a los exiliados del '76 afirmar que el “ostracismo” de San Martín era un espejo imposible. Este prohombre que liberó medio continente del dominio español y sufrió la incompreensión de sus contemporáneos parecía muy lejos de quienes se sentían “exiliados del miedo”. No podían comparar su “cobardía” con aquellos gestos de amor desinteresado por la Patria, que, además, parecían sólo posibles en un pasado mítico.

Si para los exiliados del '76, el camino de la diáspora no se constituyó desde el gesto heroico sino más bien desde el miedo, la culpa y la vergüenza, la figura de San Martín operó como prototipo del patriota en la diáspora. El amplio consenso que su

¹⁷ Merece un análisis pormenorizado, el rastreo de los “nombres” del exilio. De hecho, a lo largo de los siglos XIX y XX en Argentina no sólo se suceden/conviven formas disímiles de referirse a situaciones que genéricamente designaríamos como exilios, sino que han ido modificándose los referentes de dichas palabras y las valoraciones que los contemporáneos proyectaron sobre tales experiencias.

¹⁸ Entre las razones de su destierro, la historiografía menciona su deseo de no involucrarse en ningún bando en las luchas intestinas que desgarraban al actual territorio argentino, los acuerdos secretos a los que llegó con Simón Bolívar en la entrevista de Guayaquil (1822) y el levantamiento del pueblo limeño contra su Protectorado que puso en evidencia la debilidad de su poder político y militar.

¹⁹ Es importante tener en cuenta que en las dos primeras décadas de vida independiente, circularon al menos otras dos representaciones del exilio. Una que aludía al destino de los derrotados políticos, incluidos ejércitos y pueblos enteros en fuga y otra que refería a la penalización de acusados por delitos políticos.

figura tenía entre los exiliados y claro está para el propio poder pretoriano, hizo que su recuperación sirviera para insertarse en una genealogía de exiliados no traidores a la Patria.

La segunda experiencia y quizás la que constituye uno de los núcleos fuertes de identificación para los exiliados del '76 – sea por la positiva o por la negativa- fue la del exilio de la Generación de 1837, un exilio numeroso, que se instaló preferentemente en los países limítrofes (Uruguay, Chile, Bolivia, Brasil), que era muy heterogéneo en su composición política y generacional y que si puede ser identificado como un colectivo fue ante todo en su condición de enemigo o víctima de Juan Manuel de Rosas.²⁰

Mientras el poder producía exilios, las luchas por el sentido de esa experiencia se intensificaron. Para Rosas, los huidos eran fugitivos, en el sentido de delincuentes que evadían la justicia, prófugos, cobardes y locos, pero también expulsados (proscriptos) por los delitos cometidos. Para los exiliados, su condición era la de un perseguido por sus ideas políticas, expulsados por la ingratitud de la Patria y por el poder arbitrario y despótico. Sin embargo, señalaban que su condición de perseguido no los hacía culpables de delito alguno. Como decía Sarmiento, no eran prófugos, sino echados por la desgracias (Sarmiento, 1949, tomo VI). Así, si por un lado, se veían como víctimas, despojados o huérfanos, por el otro, valoraban el destierro como acto razonable (salvar la vida o conservar la libertad), ético (evitar prostituirse conviviendo bajo un régimen ilegítimo e inmoral) y útil (propaganda del propio ideario, denuncia del poder sanguinario y retaguardia militar).

Esas imágenes del exilio crimen o virtud tuvieron en la referencia a la Patria un desarrollo especial durante los gobiernos de Rosas. Así, se instaló la idea de que irse era perder la Patria o más bien traicionarla (desde la alianza con poderes extranjeros²¹,

²⁰ En ese exilio, había desterrados del gobierno de Bernardino Rivadavia (1826), unitarios, federales disidentes, antiguos militares de la guerra de la independencia, ciudadanos comunes agobiados por el despotismo de Rosas y la juventud ilustrada y romántica que se pensó como superadora de las viejas antinomias entre federales y unitarios. Esa diáspora congregó a partícipes en conspiraciones contra el gobierno de Rosas y prófugos de la cárcel como Juan María Gutiérrez o Miguel Cané; personalidades solitarias y errantes que salieron al exilio agobiadas por el clima de persecución y falta de libertades y que tomaron el camino del destierro como señal de protesta, como Esteban Echeverría o Vicente F. López; derrotados de los ejércitos unitarios, como Juan B. Alberdi; hijos de exiliados como Mitre o Varela. Asimismo, hubo militares de carrera, intelectuales que tomaron las armas, políticos, publicistas y poetas.

²¹ Los emigrados cargaron con la ignominia de haberse ligado al extranjero. Sin embargo, Alberdi preguntaba en el contexto del bloqueo anglofrancés al Río de la Plata (1845): “¿son traidores los que consiguen el apoyo de Inglaterra, Francia y buena parte de la Europa civilizada para volverse contra una “tiranía hija del país”? ¿por qué son escorias de la Patria los que luchan “contra el crimen nativo de la tierra? (Alberdi, 1886, tomo III: 66).

desde la calumnia que inventaba fusilados o degollados que en realidad estaban disfrutando en el exterior, etc.). Sin indagar en la polémica que durante esos años protagonizaron los que se fueron y los que se quedaron que terminó por convertir el adentro y el afuera en universos ética y políticamente homogéneos, vale no olvidar esta identificación entre exilio/excentricidad/olvido/traición y extranjería, a la que los de la Generación del '37 contestaron diciendo que denuncia no era conspiración y huida no implicaba traición.²²

Por último cabe señalar la Generación de los proscriptos contribuyó a sentar una identificación entre exiliados e intelectuales perseguidos.²³ El hecho de que de esa generación hayan salido obras que fundaron la literatura argentina ayudó a que la noción proscripto haya sido asimilada a la de intelectual y en no pocas ocasiones por efectos del anacronismo se confundió a aquellos intelectuales decimonónicos que intervenían en la esfera pública con la palabra, la acción política y en no pocas ocasiones con las armas, con la imagen actual de un intelectual que a veces se mezcla con la del poseedor de un saber específico pero cuyo rol político no siempre es evidente. Al mismo tiempo, la asociación de la idea de intelectual con las de disidente, rebelde y crítico, provocó una superposición de las nociones de intelectual y exiliado. Si el intelectual es un individuo descontento, rebelde, que rema contra la corriente, es también un exiliado de su propia circunstancia. Los proscriptos del '37 fueron todo eso, pero su situación concreta no fue la del incomprendido, ni vivieron un exilio metafórico. Por el contrario formaron parte de una generación perseguida, víctima del autoritarismo, pero también de militantes que no dudaron de luchar desde la propaganda e incluso desde la acción militar para conseguir el derrocamiento del poder que los exilió.

Íntimamente vinculado con el destierro del '37 por los lazos que se han tejido entre estas experiencias en coyunturas sucesivas de nuestra historia, aparecen los republicanos españoles que llegaron a la Argentina desde 1939.

Por un lado, se recupera la representación de exilio como intelectual perseguido, síntesis que refería en un sentido a la importancia que tuvieron los hombres y mujeres

²² A mediados de los años '40 cuando todos los focos de resistencia a Rosas estaban vencidos, Sarmiento definía la Patria como el lugar donde el hombre es individuo y miembro de la sociedad. En este sentido, no cabía pensarse patriota en la Argentina rosista porque la tiranía era incompatible con la libertad, la civilización, la seguridad individual y el libre ejercicio del pensamiento (Sarmiento, 1949, tomo VI: 104).

²³ Los exiliados valoraron su destierro como espacio de fama, consagración intelectual y espacio de aprendizaje y pensamiento libre. Este sentido habilitó que se valorara al exilio como destino del intelectual snob o no comprometido con la Patria.

de la cultura en una inmigración rechazada por el gobierno argentino y que sólo pudo concretarse apelando a redes previas (amistades, familiares y especialmente contactos profesionales).

Por el otro, para el gobierno y ya en un contexto internacional donde la figura del refugiado provocaba tantas adhesiones como rechazos, los republicanos eran “malos inmigrantes”, “extranjeros peligrosos”, “indeseables”, “perseguidos políticos”. Todo lo opuesto a una inmigración “útil” y “utilizable”²⁴, dispuesta a arraigarse, obtener la ciudadanía y sumar su capacidad productiva al progreso del país. Desde la oposición socialista y radical, se intentó mostrar que ser víctima de persecución no era prueba suficiente de criminalidad. Tampoco lo era de militancia política. Las razones de la depuración y criminalización de los huidos sólo las conocían los poderes que los perseguían y expulsaban. Los contingentes de refugiados republicanos españoles estaban integrados no sólo por comunistas perseguidos, sino también por católicos, liberales, regionalistas y nacionalistas vascos y catalanes. Muchos de los que se vieron obligados a exiliarse sólo atestiguaban el “haber vivido en territorio que quedó en poder de la República.” (Cámara de Diputados, 9 y 10/8/1939: 875).

Para la oposición socialista y radical, lo fundamental era modificar la indiferencia gubernamental hacia la tragedia de los judíos perseguidos y el desgarrador problema de los 400.000 ó 500.000 españoles refugiados en territorio francés. En ese contexto, apeló a razones humanitarias y/o a obligaciones de cooperación internacional, mostrando, al mismo tiempo, que estas víctimas podían ser una inmigración útil y deseable y que no constituían una amenaza contra el orden interno en tanto portadores de ideologías disolventes (Cámara de Diputados, 9 y 10/8/1939: 868).

Por último, una referencia al exilio de Perón y de los militantes peronistas tras el golpe de 1955. Mientras que el General derrocado definía su exilio como un renunciamiento, un gesto magnánimo o el precio a pagar para evitar un derramamiento de sangre; sus detractores de la Revolución Libertadora calificaron su destierro como el camino del infame. Este prófugo estaba pagando desde el extrañamiento – que implicó persecución para que abandonara Latinoamérica, confiscación de bienes, apertura de un proceso penal por estupro y privación de nacionalidad – los pecados cometidos durante su gobierno (inmoralidad, avidez, corrupción, incapacidad política, autoritarismo). Con

²⁴ Se referían a la preferencia por el colono agrícola, procedente del mundo rural. Esta caracterización encerraba un rechazo a los inmigrantes intelectuales, profesionales o de perfil urbano.

el tiempo, el poder convirtió su huida en cobardía o comodidad y sus intentos de incidir en la política argentina desde el exilio en revanchismo absurdo (Baschetti, 1988). Perón respondía a esas acusaciones mostrando que pese a campaña oficial, ni siquiera su traslado a España lo hizo renunciar a ser “guía” del pueblo argentino. Su exilio nada tenía de dorado y no implicaba olvido (Perón, 1996).

La proscripción del líder fue en palabras de John W Cooke (1985: 77) al mismo tiempo el “extrañamiento político de 10 millones de ciudadanos”. De hecho, más allá del intento de borramiento del peronismo del espacio público y político, no pocos militares, políticos, intelectuales, sindicalistas y obreros peronistas debieron salir del país como consecuencia de la depuración de la Revolución Libertadora (exiliados del miedo, de la expulsión laboral, de la persecución política, de las amenazas o la intimidación). Los hubo que escapaban de la cárcel, (prófugos de la justicia, acusados de delitos políticos). También los que salieron tras participar en levantamientos militares, huelgas o en actos de la resistencia. Finalmente, en los contingentes del exilio hubo beneficiados por la “opción” a salir del país que contemplada la Constitución.

Fue éste, un exilio que se construyó militante, encargado de tareas de propaganda y contrapropaganda, de internacionalización de la doctrina peronista, como apoyo militar de la resistencia interior y soporte material de los trabajadores acorralados por el nuevo régimen.

Como durante los exilios del '37 o el de los republicanos españoles y tal como se reeditó entre los de la dictadura de 1976, los exiliados peronistas del '55 protagonizaron disputas con los que se habían quedado en el país. Estas polémicas fueron fuente de producción de autoimágenes y contraimágenes sobre el exilio construidas en todos los casos desde la jerarquización de dolores o de la eficacia militante. En esas circunstancias, los protagonistas de las polémicas instalaron una identificación entre lugar de residencia e identidad moral o ideológica. Así, dentro del campo de los derrotados se escucharon voces que hablaban de traidores y héroes, de colaboradores y cómplices.

En definitiva, cuando los argentinos del '76 comenzaron a dar sentido a lo que estaban viviendo, un primer desafío fue hacer que sus experiencias no quedaran reducidas a anécdotas individuales, acontecimientos aislados y divorciados de la historia

colectiva. Pero, si por un lado, eran conscientes que la memoria de los exilios históricos no era un núcleo fuerte en el imaginario de los argentinos, por el otro, aprendieron que pensarse como parte de esa genealogía exiliar no era una tarea sencilla, pero mucho menos era una tarea apacible. Ese pasado, poco revisitado por los argentinos en general, cargaba una conflictividad y era importante saber que junto a las identidades prestigiosas, podían activarse otras representaciones que hablaban de exilio como castigo del delincuente, alternativa del criminal, camino del traidor, el antiargentino o el intrigante, en definitiva el destino de aquel cuyo comportamiento estuvo exento de todo civismo y patriotismo.

Referencias bibliográficas

- Alberdi, Juan Bautista** 1886 *Obras Completas*. Buenos Aires, Imprenta de La Tribuna Nacional. Tomo III.
- Alberdi, Juan Bautista** 1887 *Obras Completas*. Buenos Aires, Imprenta de La Tribuna Nacional. Tomo VII.
- Baschetti, Roberto** (Comp.) 1988 *Documentos de la Residencia peronista, 1955-1970*. Buenos Aires, Puntosur. Tomos I y II.
- Boccanera, Jorge** 1999 *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*. Buenos Aires, Ameghino.
- Cooke, John W.** 1985 *Correspondencia Perón-Cooke*. Buenos Aires, Parlamento. Tomo I.
- Cooke, John W.** 1985 *Correspondencia Perón-Cooke*. Buenos Aires, Parlamento. Tomo I.
- Chávez, Gónzalo y Jorge Lewinger** 1997 *Los del 73. Memoria Montonera*. La Plata, Ediciones de la Campana
- Feinmann, José Pablo** 1985 *El mito del eterno fracaso*. Buenos Aires, Legasa.
- Jensen, Silvina** 2005 Del viaje no deseado al viaje de retorno. Representaciones del exilio en “Libro de Navíos y Borrascas” y “Tangos. El exilio de Gardel”, en: Jelin, Elizabeth y Ana Longoni (Comps.) *Escrituras, imágenes y escenarios ante la memoria. Madrid, Siglo XXI* Editores de España y Siglo XXI de Argentina Editores, Colección Memorias de la Represión, vol. 9.
- Jitrik, Noé** 1984 *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio, la literatura, 1975-80*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Kaufman, Alejandro** 2001 Memoria, horror, historia, en: Guelerman, S (Comp.) *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina postgenocidio*. Buenos Aires, Norma.
- Matamoro, Blas** 1982 La emigración cultural española en Argentina durante la posguerra de 1939, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, nº 384
- O.S.E.A.** 27-29 de Julio 1984 *Primeras Jornadas sobre problemas de repatriación y exilio*. Buenos Aires.
- Olábarri, Ignacio** 1996 La resurrección de Mnemósine: Historia, Memoria e Identidad, en: Olábarri, Ignacio y Francisco Javier Capistegui. *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*. Madrid, De. Complutense.
- Perón, Juan Domingo** 1996 *Los libros del exilio, 1955-1973*. Buenos Aires, Corregidor.
- Sarmiento, Domingo** 1949 Política Argentina, 1841-1851, en: *Obras Completas*, Buenos Aires, Luz del Día, Tomo VI.
- Schmucler, Sergio** 2000 *Detrás del vidrio*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina.
- Vaca Narvaja, Gustavo y Fernando Frugoni** 2002 *Fernando Vaca Narvaja. Con igualdad de ánimo*. Buenos Aires, Colihue.
- Yankelevich, Pablo** (Coord.) 1998 *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México, Plaza y Valdés Editores.

Yankelevich, Pablo y Silvina Jensen (Coords.) *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007. ISBN 978-987-599-029-6. 251 págs.

Publicaciones referidas

Agermanament, Barcelona

Cambio 16, Madrid

El Ciervo, Barcelona

El País, Madrid-Barcelona

Gente, Buenos Aires

La Nación, Buenos Aires

Reencuentro, Buenos Aires

Resumen de Actualidad Argentina, Madrid